

El compromiso político de Bécquer

Con frecuencia, el artista o el escritor se nos presentan rodeados de una aureola de misterio, puesto que se les considera seres aparte, cuya capacidad creativa, demiúrgica, les otorga un rango superior, el de genio. Pero se trata de un estatus que, paradójicamente, conlleva la marginación social. Esta caracterización¹, elaborada en el Renacimiento y, sobre todo, en el romanticismo, mantiene buena parte de su vigencia y sigue influyéndonos. Así, por ejemplo, el arquetipo del escritor o del pintor famoso y cotizado después de muerto, tras haber llevado una vida angustiosa, corta y llena de fracasos y miserias, se nos impone a la hora de abordar el caso particular.

Estas consideraciones previas son especialmente válidas para Bécquer. Hace ya bastante tiempo, Rica Brown estudió cómo se había ido forjando lo que denominó «la leyenda de Bécquer»². Sin embargo, tal leyenda todavía no se ha desvanecido: nos sigue seduciendo la imagen del poeta bohemio, soñador, desvinculado del mundo prosaico, fracasado en vida, pero triunfante después de muerto. Parece como si su triunfo póstumo quedase más realizado si se acentúa su fracaso en vida. Resulta significativo que su retrato más difundido sea el que pintó su hermano Valeriano, en el que aparece con todos los atributos del genio romántico. En cambio, las fotos en que aparece bien vestido, con ribetes de *dandy*, no gozan de gran aceptación. Esta visión legendaria, casi mítica, distorsiona no sólo su biografía, sino el sentido de su obra, cuya marginalidad es sumamente discutible. Bécquer fue un autor valorado en vida, y en consonancia con los gustos del público, pues dio a conocer con éxito la mayor parte de su obra en publicaciones de primera categoría. Y su vida bohemia es perfectamente equiparable a la de la mayoría de escritores de la época, que pasaban por esa fase hasta que lograban situarse. Fue su temprana muerte —ingrediente fundamental de su leyenda— lo que le impidió gozar de un triunfo definitivo.

La leyenda de Bécquer se traduce también en un persistente menoscabo de su vinculación con la política de su tiempo. La deformación empezó ya desde el primer momento. En las contadas ocasiones en que los amigos del poeta se refieren a esta

¹ E. Kris y O. Kruz, *La leyenda del artista*, Madrid, Cátedra, 1979.

² «The Bécquer legend», *Bulletin of Spanish Studies*, XVIII, 1941, pp. 4-18.

cuestión, lo hacen con pudor, con afán de justificar. Véase, por ejemplo, cómo Narciso Campillo habla de la colaboración de Bécquer en *Los Tiempos*, tema del que nos ocuparemos seguidamente: «Poco después entró en un diario ministerial, arrastrando la pesada cadena de periodista político que su situación le imponía. Digo pesada cadena, porque no puede haberla mayor para caracteres como el suyo, y sólo la necesidad más imperiosa puede hacerla soportar por algún tiempo»³. Otros, como Rodríguez Correa o Eusebio Blasco, justificarán la filiación política del poeta con razones menos prosaicas, considerándola derivación secundaria, anecdótica, de su esteticismo: «Pretendía de conservador —dice el último—, sin duda porque el lujo, la fastuosidad de que hacen alarde estos partidos, se acomodaba mejor con su temperamento de artista»⁴. En todos los casos el argumento es el mismo: Bécquer, por ser poeta, tiene que tener una personalidad especial, incompatible con la sordidez y el pragmatismo que se atribuyen al político. Su vinculación con la política queda así reducida a una accidental aproximación, que en nada contamina su alma, consagrada al arte, al mundo del espíritu. Se trata, una vez más, de la teoría del genio, fruto del Romanticismo, pero que se ha enquistado en los estudios becquerianos: las reticencias, el desdén o la incomodidad siguen siendo las actitudes predominantes entre los especialistas cuando se acercan al tema.

Sólo muy recientemente ha empezado a erosionarse este sólido muro de inconsistencias. Siguiendo la senda abierta por Rubén Benítez⁵, Robert Pageard, en su magnífica biografía de Bécquer⁶, ha ahondado en la dimensión política del escritor: su identificación con los postulados del partido moderado, su admiración por Narváez, su amistad con González Bravo, su labor como periodista político y censor de novelas... Una de las manifestaciones más claras de esa dimensión política de la biografía de Bécquer es su labor como redactor de *Los Tiempos*, diario político al servicio de González Bravo. Pageard señala que el estudio de ese diario, del que se sabe muy poco, permitiría conocer mejor la faceta política del poeta. La localización de unos cuantos números del mismo⁷ nos ha facilitado parcialmente ese conocimiento.

Los Tiempos tenía cuatro hojas a cinco columnas. Todos los artículos iban sin firmar, y en su gran mayoría, exceptuando el folletín (*El bastón de Balzac*, de E. de Girardin) y las gacetillas con avisos, curiosidades, etc., estaba dedicado a comentar la actualidad política, en dos vertientes: la crónica parlamentaria y la polémica, en tono burlesco, con los demás periódicos políticos. Se trata, pues, de un diario estrictamente político, en el que la literatura y la cultura en general tenían escasisima presencia. El editor responsable era Juan Ramos.

El diario apareció en Madrid a finales de marzo de 1865, auspiciado por González Bravo. El político gaditano lo había fundado después de que la mayoría de los redactores de *El Contemporáneo*, entre ellos Juan Valera, se alejara del partido moderado para acercarse al centrismo de la Unión Liberal de O'Donnell. Bécquer, vinculado a González Bravo por intereses y afinidades ideológicas, abandona *El Contemporáneo*, del que era director, para colaborar en el nuevo diario. *La España*, diario moderado,

³ «Gustavo Adolfo Bécquer», en M. Alonso, Segundo estilo de Bécquer, Madrid, Guadarrama, 1972, pp. 428-429.

⁴ «Gustavo Bécquer», en R.P. Sebold, Gustavo Adolfo Bécquer, Madrid, Taurus, 1982, p. 25.

⁵ Bécquer tradicionalista, Madrid, Gredos, 1971.

⁶ Bécquer. Leyenda y realidad, Madrid, Espasa-Calpe, 1990.

⁷ Son los números 48, 64, 66, 69 y 70 de la edición de provincias, correspondientes al 2, 22, 24, 28 y 29 de junio de 1865.

el 8 de abril informaba de que el escritor formaba parte de la redacción de *Los Tiempos*.

Conviene recordar que el poeta se encontraba ejerciendo el bien remunerado cargo de censor de novelas, para el que había sido nombrado por González Bravo, y que poco después el gobierno concedería una pensión a su hermano Valeriano. Aunque, a falta de datos concretos, casi todos los estudiosos han minimizado el carácter político de ese cargo, parece más acertado, si lo situamos dentro de su contexto histórico, considerarlo como un nombramiento basado en la fidelidad política al gobierno. Así lo demuestra el hecho de que los nombramientos y ceses de Bécquer estuvieran directamente vinculados a los períodos en que González Bravo estuvo en el gobierno (diciembre de 1864-junio de 1865 y julio de 1866-septiembre de 1868). Julio Nombela dice al respecto: «(El cargo) se creó para que la propaganda revolucionaria perseguida en la prensa periódica no pudiera guarecerse en las páginas de las populares entregas de que antes he hablado»⁸.

Analicemos ahora el contenido de los números que hemos podido consultar. El del 2 de junio de 1865 corresponde al momento en que Narváez preside el gobierno, en el cual González Bravo actúa como hombre fuerte y ministro de la Gobernación. Recuérdese que ese gobierno, y especialmente González Bravo, se había hecho impopular a causa de la sangrienta represión de las manifestaciones estudiantiles de la llamada «Noche de San Daniel» (10 de abril), represión que había sido criticada por numerosos periódicos, entre ellos *El Contemporáneo*. Asumiendo su papel de diario ministerial, *Los Tiempos* narra la sesión del Congreso del día anterior desde una perspectiva claramente favorable al gobierno. La sección de crónica parlamentaria quizá fuera redactada de manera habitual por Bécquer, ya que sabemos que a principios de 1865 era citado como periodista político conocido en las Cortes⁹. El mismo nos lo cuenta en otro momento: «Paréceme asistir de nuevo a la Cámara, oír los discursos ardientes, atravesar los pasillos del Congreso, donde entre el animado cuchicheo de los grupos se forman las futuras crisis»¹⁰. La crónica del 2 de junio contiene duros ataques a la oposición unionista, asimilada a la oposición revolucionaria:

La solemne amenaza que contra el gobierno y la dinastía ha lanzado esta tarde la Unión Liberal a la faz del país... no merece la pena de ser tomada en consideración. Es un desahogo «inocente» que nada significa. No es más que una consecuencia del espíritu revolucionario que la anima. Es una demostración de que la Unión Liberal se ha democratizado. Así como «reselló» a una porción de gentes, así también ella misma se ha «resellado» en la democracia.

La alusión al «resello» (cambio de partido por motivaciones poco altruistas) de «una porción de gentes» se dirige contra los que se acercaban al partido de O'Donnell procedentes del partido moderado, y probablemente apunta al grupo de periodistas de *El Contemporáneo*, es decir, a los antiguos compañeros de Bécquer.

Por el contrario, la intervención del ministro de la Gobernación es descrita en términos laudatorios:

⁸ Impresiones y recuerdos, Madrid, Tebas, 1976, p. 738.

⁹ Cit. por R. Benítez, Ob. cit., p. 19.

¹⁰ Desde mi celda, ed. D. Villanueva, Madrid, Castalia, 1985, pp. 110-111.

...el Sr. González Bravo, cuyas enérgicas frases y rotundos períodos, como golpes de terrible ariete, hacían caer a pedazos las ilusiones y absurdas amenazas de la Unión Liberal, entre los aplausos de la cámara, la mayoría de cuyos individuos se sentían llenos de noble indignación y poseídos de ira santa al escuchar en los bancos de la minoría frases, apóstrofes, gritos mal reprimidos, que pudieran tal vez considerarse como el eco de las pasiones, puestas en rebelión contra las augustas instituciones, que son la gloria y la esperanza del pueblo español.

El diario manifiesta una postura estrechamente partidista, puesto que convierte en blanco principal de sus ataques a los unionistas, que, al fin y al cabo, eran leales a la Corona y actuaban como alternativa de los gobiernos moderados. En otro artículo del mismo número se les trata peor que a la oposición que se situaba fuera del sistema:

El progresismo al fin es un partido independiente, y que lo caracteriza el credo político que profesa; pero esa agrupación de hombres de tan distintas y opuestas procedencias, que en mal hora tomó el nombre de Unión Liberal, que no tienen lema fijo, más que su adhesión al presupuesto, ¿qué se proponen? ¿qué? Saborear de nuevo las ollas de Egipto.

En otro artículo se ironiza sobre las «recogidas», es decir, secuestros gubernativos de la prensa de la oposición:

Desengañense los periódicos de oposición; el que quiere combatir al gabinete y no ser recogido, lo consigue, y el ejemplo lo tienen en sus filas. El que quiere hacer esa oposición con las repeticiones de las recogidas, también se sale con la suya. Esto es pura y simplemente cuestión de gusto, toda vez que en eso de los «extravíos» y los «perjuicios», etc. ni es oro todo lo que reluce, ni es tan fiero el león como lo pintan las oposiciones.

Más abajo, una escueta gacetilla informa que en el día anterior habían sido denunciados cuatro periódicos: *La Democracia*, *La Discusión*, *La Regeneración* y *Las Novedades*. Y en otro lugar se dice que «según las doctrinas del Sr. González Bravo, la prensa no comete delitos políticos, y sí puede cometer únicamente los de injuria y calumnia», añadiendo que el gobierno tenía incoadas nada menos que 149 denuncias por calumnia contra diversos periódicos.

En este número del 2 de junio, además de los habituales elogios a los discursos parlamentarios de González Bravo, hallamos otros dirigidos a Cándido Nocedal, conocido dirigente de los neocatólicos, el sector más derechista del liberalismo, sólo separado de los carlistas por la cuestión dinástica.

Los Tiempos del 22 de junio, al día siguiente de la caída de Narváez, sustituido por O'Donnell, aumenta su beligerancia contra la Unión Liberal, esta vez como diario de oposición. El nuevo gobierno es considerado como un triunfo de las fuerzas opuestas al sistema: «Es de esperar que los demócratas, socialistas y puros estarán, luego, de enhorabuena». Llama la atención la reproducción de cuatro artículos de *El Contemporáneo*, pero de años atrás, de 1860 y 1861. Todos ellos tienen en común la defensa del partido moderado y los ataques a la Unión Liberal, entonces también en el gobierno. Se trata, sin duda, de poner en evidencia la nueva orientación política del